

**Juan Martín** (*después de una breve pausa*).—Ese cura, Vicente, es capaz de mover unos miles de hombres dispuestos a todo. Si él acepta un acuerdo conmigo, podríamos detener a los franceses, para imponer luego en Madrid una política que lleve a España a puerto.

**Sardina**.—Esa sería tu gran hazaña. La gran hazaña del Empecinado.

(*Un breve silencio.*)

**Juan Martín** (*mostrando a Sardina el sable que lleva ceñido*).—¿Conoces este sable?

**Sardina**.—No. No es el que llevabas en la partida.

**Juan Martín**.—Cuando acabamos de echar a los franceses, me lo envió como regalo el rey de Inglaterra. Desde entonces lo llevo. Aprieto su puño y siento en mis venas que aquel guerrillero se ha convertido en general de la Europa y la libertad.

**Sardina**.—Me contentaré con que lo seas de España.

**Juan Martín** (*sonriendo*).—Tienes razón. (*Breve pausa.*) Métete ahora en la arboleda y júntate con la tropa. Vas a encontrarte con muchos conocidos.

**Sardina**.—Buena suerte, Juan Martín. La mereces.

(*Sale Sardina.*)

#### Escena IV

##### Juan Martín y El Abanto

(*Queda Juan Martín solo. Mira impaciente hacia el lado por donde salió Julio —el opuesto a aquél por donde acaba de salir Sardina— y ve al Abanto que se aproxima.*)

**Juan Martín**.—¡Abanto!

**Abanto**.—Mándeme, don Juan Martín.

**Juan Martín**.—Abanto: ¿tú qué crees, que la paz es posible o que es imposible?

**Abanto**.—Si un día se la dejan hacer a *usté*, don Juan Martín, yo creo que será posible, y bien posible.

**Juan Martín**.—Gracias, Abanto. Vamos a ver si es cierto lo que dicen de la voz del pueblo los que saben latines. (*Viendo venir a Julio.*) Ahora vete por ahí. Vas a ver a uno que tú quieres mucho.

**Abanto**.—¿A quién?

**Juan Martín**.—A don Vicente Sardina. Otra vez ha venido con nosotros.

**Abanto**.—¿Don Vicente Sardina, otra vez? Doce años se me quitan de encima.

(*Sale el Abanto, a la vez que entra Julio.*)

#### Escena V

##### Juan Martín y Julio

**Julio** (*entrando*).—Por fin. Ahí están el Crudo y el cura.

**Juan Martín**.—Déjame ahora solo, Baeza. No quiero que él piense que alguien me proteje. También el Crudo tiene orden de quedarse lejos.

**Julio**.—A sus órdenes.

(*Sale Julio.*)

## Escena VI

## Juan Martín y El Cura Merino

*(Entra el cura Merino mirando a todas partes con recelo. Vestirá el pintoresco atuendo que describen sus biógrafos. Juan Martín se adelanta a recibirle.)*

**Juan Martín.**—Sea bien venido, don Jerónimo. *(Le tiende la mano.)*

**Cura Merino.**—Buenos días, Juan Martín. *(Mirando su propia mano, y sin dársela.)*  
No sé si debería dártela.

**Juan Martín.**—¿Por qué?

**Cura Merino.**—Por la carta que hiciste poner en las alcaldías de esta sierra.

**Juan Martín** *(siempre con su mano tendida).*—¿Quiere usted que por un rato olvidemos todo?

**Cura Merino.**—¿Olvidar? Yo no sé olvidar. En fin, ahí va mi mano. *(Se la estrechan.)*

**Juan Martín.**—Siéntese, don Jerónimo. *(Bromeando.)* El salón no es muy lujoso, pero en peores nos hemos visto.

**Cura Merino** *(sentándose).*—Las peñas y los pinos son mi casa. Esto es lo que no podían comprender aquellos modosos canónigos de Valencia. *(Breve pausa.)* ¿Sabes que el Crudo, no sé si por broma, me proponía traerme aquí con los ojos vendados?

**Juan Martín.**—Esas no eran mis órdenes.

**Cura Merino.**—No es preciso que me lo jures. Sabes tú muy bien que en viendo yo un matorral o un risco de esta sierra, ya sé dónde estoy. *(Breve pausa.)* Vayamos al grano. ¿Qué quieres tú de mí?

**Juan Martín.**—Saber si usted sigue siendo el mismo que era.

**Cura Merino** *(con fiereza).*—Yo soy y seguiré siendo siempre el mismo, aunque viva doscientos años. No sé si de ti podría decirse otro tanto.

**Juan Martín** *(como si no hubiese oído esa insinuación).*—¿Recuerda usted, don Jerónimo, cuando nos juntamos en Roa? El rey de los curas le llamé yo a usted.

**Cura Merino.**—Y yo a ti, la honra de Burgos y de toda la comarca. Entonces, lo eras.

**Juan Martín** *(algo amostazado).*—Dejemos lo que yo era y lo que yo soy. Lo que nos importa ahora es lo que está pasando en España.

**Cura Merino.**—¿Y qué pasa en España?

**Juan Martín.**—Que otra vez nos la han invadido los franceses.

**Cura Merino.**—Poco a poco, amiguito. Ahora no la han invadido. Ahora han venido llamados por el Rey Nuestro Señor, para defender su realeza y la religión.

**Juan Martín.**—¿Pero es posible, don Jerónimo, que a usted no se le encienda la sangre pensando que otra vez los coraceros franceses han cruzado la quebrada de Pancorbo?

**Cura Merino.**—Debo serte sincero; nunca podré tragar a los gabachos. Pero hay ciertos casos en que la conveniencia debe estar por encima del gusto. *(Breve pausa.)* Vamos a ser claros, Juan Martín. ¿No presumes tú de que los afrancesados están contigo?

**Juan Martín** *(con altivex).*—Conmigo están todos los que aman a España y a la libertad.

**Cura Merino.**—Llámale hache. Pues si tú te juntas con los afrancesados para traer a

España eso que llamáis libertad, no puede extrañarte que yo me junte a los franceses para que España siga siendo lo que siempre ha sido.

*(Un breve silencio.)*

**Juan Martín** *(con gravedad)*.—Desde hace casi tres años usted y yo, don Jerónimo, venimos persiguiéndonos el uno al otro.

**Cura Merino**.—Así es.

**Juan Martín**.—Salas de los Infantes, Tordueles, Lerma... Al cabo de tanto ir y venir, los dos estamos aquí vivos y cabales.

**Cura Merino**.—Bien, ¿y qué?

**Juan Martín** *(con vehemencia creciente)*.—Que usted y yo estamos vivos y cabales, pero muchos de los nuestros se están pudriendo bajo la tierra. Que los españoles hemos comenzado a matarnos los unos a los otros. Y que es preciso que usted y yo, y todos los que de verdad queremos a nuestro país, hagamos cuanto podamos para atajar esta locura.

**Cura Merino**.—Tampoco yo quiero que los españoles se maten unos a otros.

**Juan Martín** *(más sereno)*.—Por eso me he atrevido a pedirle esta entrevista, y por eso le agradezco tanto que haya venido aquí. Pero ya le habrá dicho el Crudo que yo estaba dispuesto a ir donde fuera necesario.

**Cura Merino**.—Me lo ha dicho. Dime tú ahora lo que piensas que puedo hacer yo.

**Juan Martín** *(con tono suasorio)*.—Don Jerónimo: usted tiene a su lado unos miles de hombres que le siguen y le obedecen.

**Cura Merino**.—Eso creo.

**Juan Martín**.—Yo puedo decir otro tanto. Sume usted a eso mi mando en el ejército.

**Cura Merino**.—¿Y qué es lo que me propones?

**Juan Martín**.—Que nos juntemos usted y yo.

**Cura Merino** *(con expresión de pasmo)*.—¿Qué tú y yo nos juntemos? ¿Para qué?

**Juan Martín**.—Ya se lo he dicho: para atajar esta locura. Juntos usted y yo podríamos detener a los franceses, y luego imponer en Madrid una política que ponga a España en su quicio y la permita prosperar como la Francia y la Inglaterra. A usted le oye el Rey y le respeta la camarilla de la Corte. A mí me escucha y me respeta la gente liberal. Juntos usted y yo, podremos hacer mucho.

**Cura Merino** *(después de un momento de meditación)*.—No sé si eso que tú planeas sería posible, aunque tú y yo nos juntásemos. Pero hay una cuestión previa.

**Juan Martín**.—Usted dirá.

**Cura Merino**.—Vamos a ver: esa política que tú y yo hemos de proponer...

**Juan Martín**.—De proponer, no; de imponer.

**Cura Merino**.—Como quieras. Esa política que tú y yo hemos de imponer, ¿sería con Constitución o sin ella?

**Juan Martín**.—Sin Constitución no sería posible. Pronto caeríamos de nuevo en las manos del capricho real. O en las de la camarilla.

**Cura Merino**.—Y en esa España que tú imaginas, ¿habría o no habría un tribunal para reprimir y castigar el error y la impiedad?

**Juan Martín.**—¿A que tribunal se refiere usted? ¿Al de la Inquisición?

**Cura Merino.**—Al mismo.

**Juan Martín.**—En el siglo en que vivimos, ¿cómo puede usted pensar que ese tribunal subsista?

**Cura Merino.**—Pues para una España con Constitución y sin Inquisición, no cuentas conmigo; con los tres últimos años, ya tengo bastante. Sigue tú con tus afrancesados, y yo seguiré con mis franceses; con estos franceses que ahora ayudan al Rey y a la religión.

**Juan Martín.**—¿Esta es su última palabra?

**Cura Merino** (*con sequedad*).—Esta es mi única palabra. Cuando de esto se trata, yo no tengo más una.

*(Un breve silencio.)*

**Juan Martín** (*levantándose y encarándose con el cura Merino*).—Don Jerónimo: ¿es que a usted no le importa la paz?

*(Durante todo el resto de la escena, Juan Martín hablará en pie, acercándose al cura Merino o distanciándose de él, según lo exija la frase, y siempre con vehemencia, que unas veces será cáustica, otras desgarrada, y colérica otras. El cura Merino seguirá sentado, con la inmovilidad y la dureza de una roca. Este será también el tono de sus palabras.)*

**Cura Merino.**—Me importa, y mucho. Cuantas veces digo la santa misa, paz es lo que pido y ofrezco.

**Juan Martín.**—La paz que usted pide y ofrece en la misa, no es la que usted busca cuando toma el sable.

**Cura Merino.**—Para mí es la misma: la paz de los creyentes fieles y honrados.

**Juan Martín.**—No, don Jerónimo, no. Una es la que Dios da a los hombres, y la otra, la que se consigue haciendo callar o quitando de en medio a los que no piensan como uno.

**Cura Merino.**—Nunca toleraré junto a mí a los que piensen y propaguen el error. Nunca querré una España donde tenga curso libre la impiedad.

**Juan Martín.**—¿Aunque para ello haya de matar usted a los que juzgue equivocados o impíos?

**Cura Merino.**—Aunque haya de ser así. Mi deber de español es mantener incólume la santa unidad en la fe que hemos heredado.

*(Un breve silencio.)*

**Juan Martín.**—Ya lo veo, don Jerónimo. A usted no le importan los hombres, estas criaturas de carne y hueso que Dios crió libres para que pudieran equivocarse o acertar. A usted no le importa el mundo que Dios hizo. Sólo le importa eso que ustedes llaman «sus principios».

**Cura Merino.**—Mis principios son la verdad de Dios y el bien de las almas.

**Juan Martín.**—¿El bien de las almas? ¿Llama usted bien de las almas al que no tiene en cuenta la libertad que Dios puso en la del hombre?

**Cura Merino.**—Vamos, Juan Martín. No me vengas ahora con las monsergas liberales que oíste en las tertulias de Madrid.